

# PARTE 7

## Traiciones Contra los Judíos

21. El 'Caso Kastner'
22. El mundo antiguo
23. Pablo de Tarso
24. Edad Media: El Debate de Barcelona
25. El Medievo: De la ciencia maímonista a la superstición cabalista
26. El Renacimiento: De la cábala luriana a la catástrofe shabetáica
27. La Emancipación moderna
28. La crisis de 1933: ¿Por qué fracasó el boicot antinazí?
29. El Holocausto: Hillel Kook (Peter Bergson) y su esfuerzo por salvar a los judíos europeos
30. Regresemos al 'Caso Kastner'

...dice el Señor, el Dios de Israel, concerniendo los pastores que pastorean a mi pueblo: Son ustedes quienes han desperdigado mi rebaño, y los han ahuyentado, y no los han atendido. Así que yo los atenderé a ustedes por sus maldades, dice el Señor.

—Jeremías (23.1-2)

¿Cómo es posible que los judíos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia destrucción?

—Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén* (1963:16)

Un grupo de historiadores, sobre todo a partir de los 1980s y 90s, y en su mayoría judíos, ha documentado la colaboración de algunos líderes de la comunidad judía con la Solución Final. Resumir, contextualizar, y explicar todo esto es la tarea de la PARTE 7.

Pero creo que antes de empezar será bueno deambular cuidadosamente, en esta introducción, con algunos temas, porque todo esto es difícil y delicado. Y para asirme de algo y darle un poco de estructura, gravitaré siempre de regreso a la consideración de estas dos preguntas:

- 1) ¿cómo es posible que este inmenso drama sea todavía desconocido por la mayoría de mis lectores—inclusive mis lectores judíos—?; y
- 2) ¿cómo es posible que la influyente filósofa Hannah Arendt (epígrafe) ose interpretar esta desgracia como la cooperación *de los judíos*, “a través de sus

dirigentes,” *con su propia destrucción?* ¿Por qué culpa a las víctimas?

Bien, comencemos. ¿Por qué es tan ampliamente desconocido el tema de las traiciones? ¿No debiera ser un tremendo y morbosos escándalo? Pues sí debiera. ¿Entonces?

Hay una explicación, pero prefiero entrar con una metáfora. Es más suave. Porque una buena metáfora muestra sus estructuras funcionales al desnudo: *las podemos ver*. Y luego de ser vistas en el contexto de la metáfora (por ejemplo, en una película de ciencia ficción), dichas estructuras—las articulaciones funcionales—pueden ser descubiertas en otros contextos (por ejemplo, en nuestra realidad política).

La metáfora que me sirve la tomo de la obra maestra de l(es?) herman(es?) Wachowski: *The Matrix*. Tiene a Morfeo explicando a su aprendiz, Neo, una dificultad muy particular de la empresa revolucionaria.

El *Matrix* es un sistema, Neo. Ese sistema es nuestro enemigo, pero cuando estás adentro y miras a tu alrededor, ¿qué es lo que ves? Empresarios, profesores, abogados, carpinteros... Justo las mentes de la gente que estamos tratando de salvar, pero hasta que lo logremos esta gente es todavía parte de ese sistema y eso la convierte en nuestro enemigo. Tienes que entender que la mayoría de esta gente no está lista para ser desconectada. Y muchos de ellos están tan inertes, son tan dependientes del sistema, que lucharán por protegerlo...

*Lucharán por protegerlo...*

En la película los esclavos están literalmente enchufados a una simulación informática: un cordón conecta

sus cerebros a una gran computadora que produce en sus mentes una realidad alternativa, *interactiva*, en la cual participan todos juntos en tiempo real, llevando sus vidas felizmente ‘normales’—trabajando, comiendo, enamorándose, criando niños—sin advertir que esos no son sus cuerpos, que en efecto están durmiendo, que toda su realidad es falsa.

Los han dormido para cosechar (al estilo batería) la energía que producen sus cuerpos—millones y millones y millones de cuerpos—y con ella hacer trabajar el mundo de las máquinas inteligentes que tiene a los humanos esclavizados.

Confrontar a estos esclavos implica, literalmente, buscar despertarlos de un sueño (¡y desde dentro del sueño!). Implica enseñarles sus cadenas—hacerles ver que su mundo es ilusión—. Muy difícil. Entonces, los esclavos luchan por proteger el sistema que los tiene esclavizados—*que los tiene dormidos*.

Es una metáfora. ¿Dónde aplica?

“La historia la escriben los vencedores” dice un aforismo universal. Todos lo repetimos, pero en trance, como pericos. Presumimos poseer una sabiduría importante pero no hemos absorbido realmente la lección que encierra. Y es ésta: cuando el traidor vence y escribe historia *nos educa*. Nos proporciona con una consciencia histórica que *él escoge para protegerse*: para volver invisible su traición. Y funciona. Porque luego de hacer nuestra la mentira ‘patriota,’ como es nuestra, la defendemos. Preferimos cerrar los ojos, hacer ruido, tapar los oídos—cualquier cosa antes que escuchar y realmente entenderlo—. Pues reconocer que hemos estado escupiendo en las tumbas de nuestros defensores y festejando a sus verdugos

es demasiado; sería descubrir—intuimos debajo de la conciencia—que hemos sido cómplices. Preferimos no saber. Así, envueltos en el sistema, luchamos por protegerlo.

*Doublethink.*

Sí, George Orwell trató de explicar también esto. Defendemos nuestra educación porque nos ha dado nuestra autoestima, *nuestra identidad*. Defender la identidad es defender la realidad alternativa que la constituyó—la realidad creada, ésa que nos oprime y luego nos destruye. En la siguiente generación el ciclo recurre pues los líderes son los mismos—son ‘hijos’ de aquellos—. Repiten su traición. Rescriben la historia. Vuelven a representarse como héroes. Nos educan de nuevo. Y nosotros, para cerrar, otra vez los defendemos. “*Quien controla el pasado, controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado,*” explica Orwell.

Romper el ciclo requiere tomar aire, apretar los dientes, y encarar la historia—la verdadera, la historia de los vencidos—. *Nuestra historia*. ¿Se puede despertar del sueño? Eso requiere sospechar de mi *identidad*, de mis ‘héroes patrios,’ de mi ‘glorioso’ pasado. De mi realidad. Muy difícil. En *The Matrix*, cuando Neo finalmente enfrenta la realidad, su reacción es náusea literal: vuelve el estómago. Es la señal de que realmente ha despertado.

En los capítulos precedentes hemos visto cómo los ‘héroes’ de Occidente—los presuntos gigantes que por obligación cívica y esmero académico somos llamados a homenajear—en realidad se coludieron para impulsar el nazismo y traicionar a los pueblos de Occidente. Luego

escribieron historia. El ejemplo paradigmático es Winston Churchill, quien escribiera de su puño y letra la historia de la Segunda Guerra Mundial para ser luego seguido por un grande y manso rebaño de historiadores que lo llamaron ‘Mesías’ (INTRO A LA PARTE 5). *Churchill* es nuestro profesor de historia. *Él* hizo los pedestales para nuestros héroes, los escogió, y los colocó sustantivos, firmes, pesados. Cuando despertamos para tumbarlos, nos caen encima.

Hay quienes prefieren no enterarse. *Ignorance is bliss?* Cuestión de enfoque. Despertar es un trago amargo—como el veneno—. Me duele porque me arranco la piel, y la tengo bien pegada. Pero esa piel me hubiera asfixiado. Tengo que salirme y verla—antes no puedo defenderme—. No puedo defenderme si no he reconocido a mi enemigo; al enemigo ya metido ‘hasta la cocina’—en mi corazón, en mi cabeza—.

Aplica para todos, pero más aún para el pueblo de Moisés. Toca entonces examinar ahora, también, a los presuntos héroes modernos judíos. Ellos también vencieron. También escribieron historia. También educaron a su pueblo. También escondieron sus traiciones. También prepararon a sus reemplazos, y esos reemplazos les han construido, también, mausoleos. Por eso los judíos, como los gentiles, defienden a sus ‘gloriosos héroes’ sin saber que fueron sus verdugos.

Estamos hablando del Holocausto. No sobra, pues, la advertencia: hacen falta tripas para lo que sigue. El tema debe manejarse, de hecho, con tanto cuidado que esta PARTE 7 se ha convertido en la más larga de mi libro.

Desde que empecé a divulgar mi trabajo sobre la Segunda Guerra Mundial pude ver que este asunto, más que

cualquier otro, presenta enormes dificultades para los judíos. Ellos no están mejor informados de su clase gobernante que los gentiles occidentales de la suya, pero sufren una desventaja adicional: por ser miembros de una civilización organizada alrededor de un ideal ético, son más inocentes. Ya lo sabemos: es más fácil engañar a la gente buena. ¿Por qué? Porque la ética produce inocencia. Luego entonces, a los judíos les parece imposible creer que sus propios líderes—*judíos* al fin— pudieran traicionarlos.

Los gentiles poseen de menos un saludable escepticismo. Sobre todo los bendecidos con clases gobernantes honesta y transparentemente corruptas. Cualquier mexicano estallarí de risa de escuchar que sus gobernantes, por ser también mexicanos, no irán a traicionarlo, y aceptará sin demasiado drama la evidencia de dicha traición. Pero entre los judíos lo que aplasta es la inocencia. Aun encarados con evidencia contundente hacen enormes esfuerzos por disculpar a sus líderes, por encontrar excusas y rescatarlos moralmente de sus acciones.\*

Hay otro matiz. Para quien egresa de un pueblo oprimido y marginado, siempre indefenso, ninguneado y humillado, el ‘judío importante’ le produce *pasmo*. Ese ‘judío

---

\* La excepción son aquellos judíos religiosos que consideran a los malos líderes de Israel como miembros de *Erev rav*, la “multitud mixta” de no judíos que salieron de Egipto durante la revuelta de Moisés y se adhirieron al pueblo judío. Pero véase nuevamente el esfuerzo por decir que *no son realmente judíos*.

importante' es orgullo propio. Es la identidad misma. Criticarlo se antoja suicida. Y así lo quiere el sistema.

Pero ésta es la cruda realidad: mientras no puedan los judíos imaginar y apropiarse una identidad distinta—una que permita rebelarse contra la educación y ensuciarse con la investigación de un héroe anteriormente impoluto—no podrán ponerse a salvo del ciclo nefasto que generación tras generación los persigue y asesina.

Ah, sí. El asunto es delicado. Y por una razón adicional: hay antisemitas que sí conocen las traiciones y las reciclan sin fin en sus ataques contra el pueblo judío. “Los enemigos del pueblo judío,” explica Louis Rapoport, “beben a lengüetazos cualquier evidencia de que algunos judíos... evitaran que otros judíos se salvaran de los exterminadores nazis.”<sup>1</sup>

¿Por qué imaginan los antisemitas que la evidencia de traición les sirve para atacar al pueblo judío? Porque, alegan, si el Holocausto es un crimen que los judíos *cometieron contra sí mismos*, entonces no pueden quejarse de los gentiles.

Aquí hay un error lógico. Pero nuevamente es una buena idea empezar con un contexto distinto, para que pueda apreciarse la estructura y veamos con toda claridad la sinrazón.

En las guerras civiles chinas, y luego en el ‘Gran Salto Adelante’ y la ‘Revolución Cultural,’ los chinos fueron destruidos. Decenas de millones fueron asesinados y multitudes desconocidas torturadas y encarceladas. Supongamos que alguien exclamara: “¿Cómo es posible que los chinos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia

destrucción?” Absurdo, ¿no? Se ve a simple vista. Los chinos no cooperaron; Mao Zedong y sus cómplices usaron fuerza.

Está muy claro hablando de chinos. Hablando de judíos ya no tanto. ¿Por qué? Porque el prejuicio antisemita *esencializa* a los judíos como un mismo cuerpo: homogéneo, solidario, unánime—una masa sólida, indivisible. Por eso al comentar la colaboración de algunos líderes con los nazis—ahí sí—la filósofa Hannah Arendt se permite expresar: “¿Cómo es posible que los judíos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia destrucción?”<sup>2</sup> Esa ‘pregunta’ afirma. Y la afirmación es falsa: los judíos no cooperaron—fueron traicionados—. *Sus dirigentes les mintieron. Los timaron.*

Ahora, tomen aire para el siguiente giro. Véase el alcance del antisemitismo: Arendt era judía. Bien lo dijo Max Nordau, principal aliado de Teodoro Herzl: “El mayor triunfo del antisemitismo es haber hecho que los judíos se vean a sí mismos a través de ojos antisemitas.”

Ésa es la enfermedad que padece Arendt: antisemitismo. Porque está culpando a las víctimas. Y solo lo hace porque se trata de judíos.

Entonces, esto debe ser corregido. Porque Arendt, considerada como una ‘gran pensadora’ (aunque realmente nunca he entendido bien por qué) ha estado maleducando profundamente a los occidentales desde su pedestal de *gran filósofa judía*. Porque los occidentales somos tan tontos que si una idea antisemita la dice un judío, en vez de compadecer y corregir a ese judío corremos a coger la idea antisemita, contentos de imaginar que podremos ser antisemitas kosher.

Seamos muy claros. Las víctimas que perecieron en los campos de muerte son las mismas víctimas sean quienes sean sus asesinos. Que algunos verdugos indirectos fueran judíos sin duda agrava la tragedia. ¡Lo que no puede hacer es transferir la culpa sobre las víctimas! Arendt se equivoca.

Y nótese que al equivocarse, produce un efecto doblemente nefasto, porque culpar a la víctima es indultar al verdugo. Y realmente debe uno ser antisemita para pensar que si algunos líderes judíos traicionaron a los judíos europeos eso de alguna manera indulta a los gentiles (es decir, no judíos) que directamente encendieron la maquinaria de muerte y supervisaron su funcionamiento.

¿Cómo es posible que Hannah Arendt haya podido expresar semejante extremo de antisemitismo? En México decimos: *dime con quién andas, y te diré quien eres*. Y Arendt andaba con el filósofo nazi Martin Heidegger. Literalmente: era su amante. ¿Acaso es grosero sugerir que ese tipo de relaciones pudieran haber convertido a Hannah Arendt en una peligrosa antisemita?

En lo anterior no hago más que aplicar lógica. Cuando finalmente lo vemos, nos asombramos. ¿Por qué? Porque somos antisemitas.

El antisemitismo es una manera de ver el mundo, una perspectiva, un prisma: un filtro perceptual, cognitivo, y afectivo. Este filtro exige suspender primero en el aire la conclusión antijudía para construir luego hacia abajo, en caída atropellada hasta el suelo, un andamiaje de ‘premisas.’ Resultado: se descalabra el razonamiento. Entonces, aun

cuando exterminan a los judíos, ¡ellos mismos habrán de cargar con la culpa!

Este sesgo lo padecemos todos—inclusive, como apunta Max Nordau, y como demuestra Hannah Arendt, muchos judíos—. *Es cultura*: la cultura de una civilización cristiana construida sobre un mito: el deicidio: los judíos mataron a Dios. Es tan ‘natural,’ tan invisible, este prejuicio, que desnudarlo revela el prodigio de nuestra propia mente. De ahí el asombro.

No sobra; lo diré de nuevo: las víctimas del Holocausto son las mismas víctimas sean quienes sean sus asesinos. Hacerles justicia requiere acusar *a todos los responsables*. Es inmoral, por ende, no se diga absurdo, excusar a algunos de sus verdugos porque fueran judíos. Sería una forma de racismo. Si acaso merecen una doble condena, mas no el indulto. Por lo cual es inmoral—a nivel civilizacional—que estas traiciones no sean del amplio conocimiento del público; que no se haya hecho un escándalo de esos traidores judíos. Tenemos que conocer ese tema para impedir que se traicione otra vez a los judíos.

Sin embargo, entiendo que esto resulta profundamente doloroso para el amor propio e identidad judías. Lo que sigue, por tanto, no es fácil. Empero, por doloroso que sea, el examen que ahora emprendo es indispensable, pues no puede explicarse el Holocausto sin tomar en cuenta el papel que jugó el liderazgo comunitario de aquella generación. Y no puede apreciarse el predicamento actual sin entender que aquella dirigencia judía apadrinó directamente a la actual, tanto en la diáspora como en el Estado de Israel. Enfrentar a tiempo el

mito de aquellos modernos ‘héroes’ y su descendencia ideológica será menos doloroso que repetir el Holocausto.

Quizá más que cualquier otra evidencia presentada en este libro, lo que sigue escandalizará a mis lectores. Al ir leyendo rebotará incesante en el trasfondo la pregunta: ¿Cómo fue posible semejante traición? La respuesta es otro asombro: *esto fue normal*. En cada generación los judíos comunes padecen a manos de su liderazgo traiciones comparables en sus funciones—y a veces en sus dimensiones—a las sucedidas durante el Holocausto, pues el fenómeno obedece leyes sociológicas muy estables que se reproducen a través de los tiempos.

En el capítulo 21 repasaré las evidencias más dramáticas sobre las traiciones del Holocausto para con ellas motivar la necesidad de un modelo explicativo, mismo que esbozaré brevemente en el capítulo 22, pasando enseguida a la evidencia de las traiciones de la antigüedad. En el resto de la PARTE 7 iré avanzando en el tiempo hasta regresar a la experiencia de la Segunda Guerra, logrando así una apreciación panorámica del crimen del siglo veinte en el contexto de las traiciones sucedidas en otras grandes matanzas y persecuciones a lo largo de 2500 años de historia. Demostraremos que las estructuras y procesos contemplados en el modelo son muy estables. Es normal.

Para escapar, hay que verlo.

#### FUENTES

Arendt, H. (2004 [1963]). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo.

Rapoport, L. (1999). *Shake heaven and earth: Peter Bergson and the struggle to rescue the Jews of Europe*. Jerusalem and New York: Gefen.

---

<sup>1</sup> Rapoport (1999:vii)

<sup>2</sup> Arendt (2004[1963]:16)